

# CAMINOS DEL AYER, HUELLAS DEL MAÑANA



Mina de Arnao en el año 1890. (fuente: Archivo Histórico de Asturiana de Zinc)

Mercedes De Soignie

Autor/a: Mercedes De Soignie  
Foto de cubierta: Sergio López  
Foto de solapa: Manolo Egocheaga  
Editorial: HiFer Editor  
Impresión: HiFer Artes Gráficas - [www.hifer.com](http://www.hifer.com)  
ISBN: 978-84-16209-77-4  
Dep. Legal: AS - 04030 - 2016



[www.elsastredeloslibros.es](http://www.elsastredeloslibros.es)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

## ÍNDICE

---

Hay historias repletas de apellidos y apellidos con más de una historia.....	7
Siguiendo las huellas del pasado, recorremos los caminos del ayer .....	19
Adolfo Desoignie Silez, genialidad y carácter .....	35
Del carbón al zinc, del puerto al ferrocarril .....	67
Nuevo rumbo, mismos vientos.....	107
Segunda generación, a la sombra del patriarca.....	133
Tercera generación, un mero transitar.....	149
Ya no queda nadie ... ..	167
Epílogo.....	191
Autobiografía manuscrita de Adolfo Desoignie.....	197

Hay historias repletas de apellidos y  
apellidos con más de una historia.

---

La noticia de su muerte madrugó para imprimir al día la tristeza de una gran pérdida que, aunque previsible, tampoco se acepta con la naturalidad exigida cuando se han cumplido los noventa y cuatro. Llevaba meses sin verla

—Cuando mejore, te aviso. —había dicho por teléfono con entrecortadas palabras debido a la fatiga provocada por la enfermedad.

Era una presencia permanente incluso en la ausencia, alguien ligado a mi vida de forma implícita. Siempre estuvo, cerca o lejos, pero siempre.

Apenas hubo lágrimas, las suficientes para aligerar la opresión de la melancolía y, sin embargo, el luto se instaló en el alma, huérfana de pronto. En la villa que nos acogió hace casi dos siglos ya no queda nadie de esta orgullosa familia, forjada a base de trabajo, implicación y carácter, descendientes de la emigración entendida como oportunidad profesional, personal, integradora. Si bien nunca fuimos muchos, nos hicimos notar. Herederos de una filosofía de vida diferente, poco convencional, difícil de compartir y, con frecuencia, de entender.

Durante la infancia no nos contaron cuentos clásicos, pero sí algunas historias de antepasados, a caballo entre la fantasía y la tradición oral. Un aristócrata tuerto,

8  
- solitario por convicción, lector empedernido, habitante de un lúgubre castillo, superviviente de mejores épocas. La imaginación infantil le confirió un talante taciturno, un pasado de excesos causante de aquel retiro voluntario, del lánguido vagar por oscuras estancias donde se apilaban multitud de libros y cuadros, únicos testigos de sus últimos pasos.

Trovadores trotamundos como el romántico Gonthier o alegres e inquietos comerciantes, viajeros permanentes por lejanos mundos, sin más hogar que unos sencillos carromatos. Reconocidos lutieres, acampaban *sine die* en función del interés que cuanto les rodeaba pudiera despertar, y comerciaban con los preciados violines. Esa ocupación les aseguraba una vida cómoda donde hubieran querido instalarse, pero la aventura y el afán de viajar les hacían vagar sin importar los inconvenientes o las incomodidades.

Nada supimos de la veracidad de aquellos relatos pero alimentaron la creencia de un pasado aventurero, diferente, responsable de nuestro carácter peculiar forjado a través de generaciones hasta hacernos, en cierto modo, como somos.

El apellido monopolizó el primer contacto allá donde fuéramos, rompiendo el hielo, facilitando la conversación. La dificultad para leerlo, el empeño por hacerlo con desenvoltura y conocimiento, la inevitable curiosidad o certeza sobre su procedencia, lo convierten en original tarjeta de visita donde vayamos. A fuerza de escuchar de todo, incluso lo más absurdo, nada más oír el “De...”, seguido de un titubeo, por breve que sea, contestas.

*¿Cómo se pronuncia? ¿Francés? ¿Tienes algo que ver con ...?* Puede cambiar el orden de las preguntas, pero la secuencia se repite. Lo mismo les ocurrió a nuestros predecesores y les sucede a quienes llegaron después.

En el colegio resultó molesto. Llamar la atención no está bien visto a ciertas edades, y buscar el anonimato del grupo con semejante apellido resulta casi imposible. Acepté francés como contestación rápida que eximía de mayores explicaciones. Una forma de terminar, sin apenas empezar, con un molesto e inevitable interrogatorio. Una falta absoluta de interés combinada con una pésima memoria me hacían olvidar, de continuo, el verdadero origen, así como la relación de parentesco con el primer miembro de la familia llegado a esta tierra y el porqué. Evitando preguntas, esquivaba la necesidad de dar respuestas, desconocidas por otro lado.

Cursaba bachillerato en el instituto y la profesora de griego, mujer de imponente carácter y temida exigencia, manifestó un extraño afán indagatorio por conocer a las alumnas provenientes de familias locales. En plena clase nos animó a levantar la mano y no dudé en izarla impetuosa por encima del resto, quizá solo por ser la más alta.

—Soignie, con ese apellido baje el brazo de inmediato —me increpó una voz atronadora sin miramiento alguno.

Ofendida, molesta, apenas llegué a farfullar algo a modo de protesta. Había nacido en Avilés, y mis padres, instalados aquí desde hacía bastante, provenían de Oviedo y Luanco, localidades muy cercanas.

De nada sirvió. Sin inmutarse, procedió a dar por terminada la conversación tajante.

—Son ustedes coreanos.

Perpleja, descubrí más tarde que con ese nombre designaban “los de Avilés de toda la vida” a los miles de emigrantes llegados de todos los rincones del país para trabajar en el gran motor de la economía asturiana de entonces, Ensidesa. La poderosa fábrica siderometá-

lúrgica había transformado en poco más de una década la antaño tranquila localidad en un lugar próspero, con enormes posibilidades profesionales. Una realidad que a todos beneficiaba aunque, por lo visto, algunos abominaban.

Nunca hasta ese instante (tampoco después) me habían incluido en aquel grupo, pero resultó un duro golpe. Si no entendí el porqué de aquella catalogación, sigo sin comprender el afán por poner etiquetas a todo, a todos.

A lo largo del curso la profesora insistiría en la pregunta. Yo seguí luchando por mi denominación de origen, aunque con una mirada fulminante consiguiese disuadirme en apenas un par de segundos.

Los idiomas comenzaban a perfilarse fundamentales en el sistema educativo de cara a conseguir un empleo. Con semejante apellido, todos daban por sentado mi dominio del francés. Nunca entendí una palabra.

Éramos de los Soignie de Avilés, teníamos parientes en Salinas y en Luanco. Con estos últimos tuve trato durante la infancia, allí pasé alguna temporada en casa de María Jesús y Pacho, primos de mi padre. Tenían dos hijos: José Luis y Pedro. Tanto ellos como otras primas, hijas de Chona y Luis, parecían haber salido de una de aquellas alegres películas que llenaban nuestros sueños adolescentes. Modernos, estilosos, bien parecidos, se reunían a la orilla del mar con los amigos para hablar, fumar y tocar la guitarra. Nada me hacía tan feliz como acompañarlos, pero dada la diferencia de edad, era poco habitual. Me consideraban un engorroso *moco*.

En la villa todos parecían conocer a mi padre, Manolo, y muchos a mi tía, *Maruja de la Caja Postal*. Mis primos Carlos y Rosa Machín no tardaron en irse.



A los catorce años obtuve, por fin, el permiso para salir un sábado, de cuatro a seis y media de la tarde. El resto de la pandilla, con horarios mucho más permisivos, decidió ir andando hasta la playa de Salinas, a seis kilómetros de donde vivíamos. Al poco de llegar, ya debía emprender el camino de regreso. Desesperada ante la falta de transporte público, me arrojé literalmente sobre un coche para preguntar por su destino, que resultó ser el mío. No hizo falta suplicar, enseguida me invitaron a subir. Achaqué su pronta reacción a lo angustioso de mi expresión, pero transcurridos apenas unos instantes, el amable conductor se interesó por mi padre. Horrorizada, le supliqué que no contase lo ocurrido. Si aquello llegaba a oídos de mi madre, no volvería a salir en la vida.

Manolo era popular sobremanera, un conversador hábil, un compañero de salidas muy divertido, un interlocutor ameno en cualquier contexto. A sus contados amigos se sumaban multitud de conocidos, compañeros de trabajo, y un inmenso grupo de agradecidos a quienes había ayudado a encontrar colocación, o a superar alguna adversidad.

Al final de su vida, muy enfermo, conseguía sacar fuerzas cada día para tomarse un café o dar una vuelta aunque tanto a los médicos, como a mi propia madre, les costase creerlo dado lo delicado de su estado. De nada servían los intentos de Gloria por impedirselo en base a su evidente debilidad y a la posibilidad real de quedarse tirado en cualquier esquina.

—Todos saben quien soy, alguien habrá cerca para ayudarme. —decía sonriendo como solo él sabía hacerlo.

Se sentía querido, respetado e incluso admirado y eso le llenaba de orgullo, en especial llegado el duro momento de hacer balance.

Ni siquiera su dolorosa marcha provocó mi curiosidad por nuestra trayectoria, aunque sí la despertó el

personaje y la vida que había llevado. Dejé pasar algún decenio que otro antes de reunir el valor suficiente para preguntar a su hermana.

En cada encuentro Fernando Fernández De Soignie, primo de mi padre y hermano de Ramón, reconocido diplomático, reiteraba una amable invitación a Salinas para ver la documentación reunida. El ofrecimiento se volvió más insistente con la jubilación de Ramón, dedicado con más entrega a buscar y catalogar rastros de nuestros antepasados. Yo asentía, atraída ante la posibilidad de una agradable reunión. Pero mi intención e interés se desvanecían tan pronto como daba la vuelta a la esquina.

Lo mismo ocurrió con mi tía Maruja. Durante nuestras largas charlas en la residencia, aunque ya comenzaba a experimentar una incipiente inclinación indagatoria (incluso hablamos sobre el tema), jamás se me ocurrió tomar apuntes, y antes de llegar a casa ya había olvidado la mayor parte de cuanto me había contado. Así, iba posponiendo la constatación, como si nuestro pequeño mundo fuera a permanecer inalterable por siempre jamás. Como si el siempre existiese y el para siempre nunca fuera a terminar.

Su muerte supuso tomar conciencia de la finalización de un ciclo, la desaparición de una generación. De inmediato se impuso la evidencia de no haber aprovechado las oportunidades y, casi a la vez, llegó la certeza de este libro. Por fin sabía quién era y hacia dónde iba, debía descubrir de dónde veníamos.

A la decisión se sumó, por casualidad, el trabajo realizado por Javier Berros, punto de partida de lo que ahora tienen entre manos.

Al comenzar a tomar forma esto que leen, me reuní con Ramón y María, hijos de Fernando y Ramón Fernández Soignie respectivamente. Nada sabían sobre

la labor de investigación y recopilación emprendida por ambos. La falta de interés por lo acontecido en el pasado abarcaba a otras ramas del árbol genealógico.

De aquella primera conversación surgió una búsqueda entre los papeles de sus respectivos progenitores, almacenados en el olvido desde su muerte, una aportación fundamental para rellenar lagunas, desvelar datos inéditos y conocer a los protagonistas. Los mensajes de Ramón adelantando nuevos descubrimientos, el hallazgo de algunas carpetas repletas de escritos olvidados inyectaban adrenalina al proyecto, y suponían un avance a la hora de encajar las piezas de una historia que nos fue enganchando. Algunas revelaciones se llevaron por delante lo leído en otras fuentes, resultando un baño de realidad que evidenciaba la ignorancia o manipulación de cuanto había trascendido.

Mi prima Rosa, heredera de la memoria de Maruja De Soignie, aportó, además de testimonios, relatos tantas veces escuchados a los que se han ido, así como recuerdos de la infancia. Sus sobrinos, Carlos y Santiago Machín, desenterraron algunos de los curiosos documentos incluidos.

El interés por conocer y rescatar del olvido la apasionante figura de Adolphe Desoignie, patriarca emigrado desde Bélgica, no hubiera sido todo lo completa que debiera sin la inestimable ayuda de Alberto del Río. Resultó sorprendente ver cómo sus aportaciones no solo a la Real Compañía sino a la sociedad avilesina fueron minimizadas a someras menciones, o directamente obviadas.

El único reducto donde el patriarca encontró un hueco para el reconocimiento e incluso la admiración fue el Museo de la Mina de Arnao. Allí Guillermo Laine e Iván Muñiz mostraron una simpatía especial por aquel belga que vino para quedarse.

Coincidir con Antonio Niembro no fue fácil, pero coordinadas agendas, abrió una puerta a otra dimensión. Puso a mi disposición su tesis, donde se transcribe la correspondencia entre Adolfo y diferentes personajes coetáneos, que aportó nuevos datos sobre lo acontecido.

Niembro había sido profesor de mi hija en la Universidad. El primer día de clase se dirigió a ella:

—Ah señorita de Soignie.

Temiéndose la consabida conversación en tales situaciones, y recordando al profesor de francés en el Instituto, quien le animaba a contactar con los antepasados en busca de iluminación durante los exámenes, respondió rápidamente.

—Sí, es belga ...

—Lo sé. De hecho, es probable que sepa más de su apellido que usted.

Y así ha sido hasta hoy.

Bajo una terrible tormenta, llegué al Archivo Histórico de Asturiana de Zinc, gracias a la discreta pero eficaz ayuda de Chema Caso. Jamás soñé con un lugar así. El pasado campa a sus anchas a cada paso, en cada rincón. Las antiguas cajas de zinc apiladas hasta el infinito se diferenciaban por el año impreso en el exterior, las estanterías, que parecían multiplicarse al adentrarme por los pasillos, cobijaban libros de contabilidad, copiadores de cartas y correspondencia procedente de un mundo desconocido e inexistente. Mil y un artilugios, muebles, libros y un largo etcétera llamaron mi atención mientras iba al encuentro de Alfonso García, el archivero, el San Pedro particular de aquel paraíso del ayer.

Fueron días de bucear en el pasado bajo su experta dirección, de compartir hallazgos, intercambiar opiniones, desvelar enredos, en definitiva, de disfrutar des-

cubriendo retazos de vidas hechas a base de carácter y empeño, que cautivan según se van conociendo.

Del todo imposible hubiera resultado la empresa sin las minuciosas traducciones de Arsenio Andrades; él suplió mi desconocimiento del francés y fue una víctima más entre las garras del pasado familiar.

A la hora de buscar una idea para la portada, pensé sin dudar en el fotógrafo Sergio López. Llegamos a Arnao una mañana en pleno temporal, no podía ser de otro modo. A pesar del frío, el viento y la lluvia, disfrutamos del entorno. El lugar y la idea se hicieron evidentes casi de inmediato. Todo parecía encajar sin más.

Aquí comienza la crónica de cómo la familia De Soignie desembarcó, vivió y está a punto de desaparecer de la villa de Avilés, en Asturias.

Siguiendo las huellas del pasado,  
recorremos los caminos del ayer.

---

Apenas nada sabía de cuanto aquí relato y de tantas otras cosas desveladas a raíz de la investigación iniciada para esclarecer el devenir de una rama de la familia De Soignie durante los últimos dos siglos. Este es el resultado de un largo viaje a través de la vida de un joven emigrante belga y sus descendientes, en el que descubrir lejanas realidades con referencias estudiadas en los libros de texto, sorprendentes curiosidades, hechos con protagonistas anónimos, otros con nombres y apellidos con reminiscencias de calles.

Hace ahora doscientos años del nacimiento del patriarca, Adolphe Jean-Baptista Charles Desoignie Silez, causante del establecimiento en España de la familia valona a la que pertenezco, y punto de partida de esta narración.

Hablamos de un lapso demasiado extenso para imaginar cómo era el mundo y, sin embargo, sorprenden algunos aspectos por conocidos o reiterados; otros, solo sorprenden. Retroceder hasta principios del s. XIX con una visión global del entorno requiere establecer algunas referencias coyunturales imprescindibles para alcanzar la perspectiva necesaria.

Europa vivía una de las épocas más convulsas de su historia. Tan solo unos meses antes del alumbramien-

to de Adolphe, los ejércitos de Napoleón habían sido derrotados cerca de Waterloo.

Desterrado el emperador en la isla de Santa Elena, y disuelto el Primer Imperio Francés en el Congreso de Viena, los países vencedores proceden a crear una zona de seguridad en el centro del viejo continente. El llamado Reino Unido de los Países Bajos fue fruto de la unión, realizada sin miramiento alguno, de territorios que no tenían nada en común.

Sumido desde el principio en profundos conflictos religiosos, lingüísticos y económicos, aquel estado artificial, hecho a conveniencia de intereses ajenos, no duraría mucho. Apenas tres quinquenios después de constituirse, una revolución popular provoca la secesión de las provincias del sur y la consiguiente creación de Bélgica.

Por un lado el territorio valón, industrial, poblado por descendientes de los galos, guardianes de un dialecto románico francés. De otra parte, el flamenco, campesino, habitado por descendientes de los invasores germánicos, en su mayoría hablantes de neerlandés flamenco. El nuevo Estado adoptará el francés como idioma oficial.

En Valonia confluían una serie de circunstancias que propiciaron y potenciaron un enorme desarrollo industrial. A unas características naturales excepcionales (importantes vías fluviales, energía hidráulica y una rica cuenca hullera –de ahí el sobrenombre de *Le Pays Noir*–) se unió la favorable política económica de Guillermo I durante la integración en los Países Bajos, y el decisivo papel de una importante corriente migratoria procedente de Inglaterra (en su mayoría, personal muy cualificado) durante la Revolución Industrial.

Bélgica en general y la comunidad valona en particular se convierten así en el núcleo industrial más importante del continente, solo por detrás del Reino Unido. La floreciente actividad que surge a su alrededor deman-



da gran cantidad de mano de obra de base, pero también trabajadores preparados para dirigir y gestionar las empresas.

Como respuesta a esta urgente necesidad se crean centros de formación a todos los niveles. Uno de los más destacados de grado superior, será la Escuela de Minas de Lieja, que contará con las cátedras de Metalurgia, Geología y Explotaciones mineras. De aquí salieron competentes técnicos, decisivos en el desarrollo de la minería dentro y fuera del país.

En este entorno, a escasos kilómetros de donde se produjo la rendición de Napoleón, nace Adolphe en la localidad materna de Haine-Saint-Paul, en un área de la villa de La Luvière, distrito de Soignies.

La familia de su padre provenía de la cercana población de Mons, donde gozaba de renombre y posición gracias a la figura del abuelo paterno, Jacques-Joaquín De Soignies (1720-1783), quien demuestra desde temprana edad una fuerte inclinación por las artes, aunque cursa Derecho para dar gusto a las exigencias familiares. Gran aficionado a la música, consigue hacer de la pintura su profesión.

Jacques estudia en las academias de Bruselas y Amberes así como en la Escuela de Bellas Artes de París. Cuando, cargado de expectativas, se dirigía a Roma, dispuesto a proseguir su formación en compañía de un gran amigo y condiscípulo, éste último enferma de manera repentina y muere.

Impresionado, renuncia a un sueño largamente acariciado para regresar a Mons de inmediato. Con la seguridad que ofrece el entorno familiar, se incorpora a la vida cultural de una ciudad dinámica donde los artistas gozan tanto de reconocimiento social como económico.

Poco a poco, va labrándose una reputación dentro de la alta sociedad local. Realiza trabajos religiosos de gran envergadura, retratos a integrantes de la realeza y la aristocracia, entre la que se mueve a las mil maravillas. Llega a ser pintor en la corte de Anne Charlotte en Lorena.

Como miembro relevante de la vida cultural local, su presencia es requerida en todo salón que se precie. Participa activamente en la organización de la sociedad de conciertos creada bajo la protección de la princesa y funda la reputada Academia de Bellas Artes de Mons.

Uno de sus personales sellos artísticos, un barniz final de producción artesanal propia hecho con una fórmula secreta, resulta ser tóxico. La inhalación continua le provoca una fatal inflamación de las glándulas de la garganta. La situación se agrava, y acaba exigiendo una urgente intervención quirúrgica a la que no sobrevivirá.

De su enlace con Marie-Célestine De la Croix, diecisiete años menor, inscrito en el boletín de la nobleza belga, nacerán al menos ocho hijos. Ninguno seguirá sus pasos artísticos. El benjamín, Louis Charles De Soignie, comisario de policía en Mons, y su mujer, Angelique Silez, serán padres de Adolphe Jean Charles y cuatro vástagos más.

Sus palabras llegan hasta mí inesperadas, a modo de confidencias y en cierto sentido suponen una autorización expresa. Conocía la existencia de manuscritos por referencias en diferentes documentos que dejaban entrever la posibilidad de su conservación en algún rincón olvidado. Verosímil pero remota si tenemos en cuenta las vicisitudes pasadas y los sucesivos cambios de pertenencia.

Cuántas veces en silencio supliqué encontrarlos a través de un camino u otro. Con el paso de los meses, el descubrimiento de material inédito y la lectura de tantas cartas, se convirtió en una letanía repetida en la soledad de largos días de búsqueda, en la compañía de agitadas noches de sueños compartidos.

Déjame descubrirte, saber de ti...

*“Fui el primogénito de una familia modesta, muy conocida por la honradez y religiosidad que desde abuelo les distinguió. Cursé los tres años de escuela primaria con notable aprovechamiento pasando después, como procedía, a realizar en el Ateneo los seis años reglamentarios. Recorrí todo el escalafón de la enseñanza con lucimiento pocas veces alcanzado -reconocía sin el menor atisbo de falsa modestia- mereciendo casi siempre notas y premios de sobresaliente. Disputé con M. Carlos Perin, en su día director de la universidad de Lorraine, el primer puesto de la promoción. En aquellos años me interesaba por los discursos, los versos de Cicerón, Virgilio y Ovidio, las bellezas de la literatura griega, los conceptos de sus filósofos y toda la grandeza del pasado. A la vez, cursaba en la Academia de Bellas Artes, fundada por mi abuelo, dibujo lineal y natural. Alcanzando un primer premio en mil ochocientos treinta y cuatro, medalla que conservaría religiosamente mi padre”.*

Aún sigue en la familia.

Tras completar el ciclo educativo con notable éxito, “proviniedo de una familia muy honrada pero de escasa fortuna”, consigue una beca que le permite acceder a la Universidad, en concreto a la Escuela de Ingeniería de Minas de Lieja. La elección se basa en los consejos de su tío François Isidoro Dupont, senador del Reino y notable industrial belga. Dedicado a la naciente industria de los

caminos de hierro, manifiesta la intención de ponerle al frente de sus establecimientos como ingeniero versado en la teoría y práctica de la misma.

En este nuevo ciclo formativo vuelve a destacar entre los alumnos más aventajados. Quizás por ese motivo, alcanza la confianza y amistad del profesor Adolphe Lesoinne, industrial de primera línea en Lieja, cuya familia tenía con España relaciones antiguas e intereses de monta, quien le dispensará *“particular afecto hasta el punto de mirarme como a un hijo o poco menos”*.

Lesoinne se había formado en la Escuela de Minas de París. Al terminar los estudios realiza un viaje formativo por Alemania, Polonia y Bohemia, acompañado de su gran amigo y condiscípulo Perdonnet, futuro ingeniero jefe del ferrocarril París-Estrasburgo. De regreso al hogar familiar, le nombran lector en la Universidad de Lieja donde, tras comprobar la necesidad de formar técnicos para la industria minera, crea junto a otros compañeros la Escuela de Minas.

El reputado profesor propone a Desoignie, a punto de ultimar la carrera, trasladarse a Asturias para dirigir unas minas familiares. El ofrecimiento le llena de orgullo y, previo consentimiento de sus padres, acepta la oferta.

Adolphe se muestra entusiasmado ante la posibilidad que se abre ante él, sin dejarse amilanar por la magnitud del reto, la falta de experiencia profesional, el desconocimiento del país, o de algo tan elemental como el idioma.

En la consecución del apoyo familiar resulta determinante la ascendencia aragonesa de sus abuelos maternos, llegados a Bélgica durante el reinado de Carlos I de España para establecerse en Gante.

*“Por circunstancias que nunca conocí a ciencia cierta, mi madre ansiaba volver o que sus hijos volvieran a la tie-*